



# PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

**Foros de Historia Política – Año 2013**

**Foro: La movilización militar y las formas de la política en el espacio rioplatense, 1810-1880**

**A modo de introducción: Clausewitz a caballo (o hacia una teoría de la guerra y la política aplicada al Río de la Plata)**

**Autores: Alejandro M. Rabinovich - Ignacio Zubizarreta**

En noviembre de 1831, mientras Facundo Quiroga derrotaba definitivamente a las fuerzas unitarias de Lamadrid en Tucumán, en la Silesia alemana fallecía un todavía joven oficial prusiano llamado Carl von Clausewitz. Al igual que sus colegas de armas rioplatenses, la carrera de Clausewitz había sido marcada a fuego por el fenómeno de la guerra revolucionaria que se había enseñoreado del mundo atlántico desde hacía ya más de tres décadas. Para la generación de militares que había nacido durante el antiguo régimen, las transformaciones ocurridas recientemente en el ámbito político-militar no podían dejar de ser impresionantes. La guerra había cambiado completamente de escala, tanto por el número de combatientes como por la extensión de los teatros de operaciones. Las tácticas, la estrategia, el armamento, todo había sido modernizado vertiginosamente para dar a las operaciones militares una contundencia nunca antes vista. Y sobre todo, desde que la Revolución Francesa planteara el principio de la soberanía popular y su defensa en el campo de batalla, el carácter mismo de la actividad bélica se había alterado para siempre<sup>1</sup>. Clausewitz, que dedicó los últimos quince años de su vida a meditar acerca de los cambios ocurridos, fue el primer pensador en comprender las consecuencias inexorables del modo en que la política y la guerra se habían enlazado desde que la Revolución abrió la caja de pandora con la conscripción universal<sup>2</sup>. Ahora bien, su manera de entender la guerra es mucho más compleja de lo

---

<sup>1</sup> Preston, R. A. y Wise, S. F. (1978) *Men in Arms, A History of Warfare and its Interrelationships with Western Society*. New York: Holt, Rinehart and Winston, pp.179-199. Black, J. (1999) *Warfare in the Eighteenth Century*. Londres: Cassel, pp.190-200.

<sup>2</sup> El debate académico sobre la justeza de la visión de Clausewitz acerca de la política es ya un tópico clásico, pero que se renueva al compás de los contrastes militares de Estados Unidos, desde Vietnam a Irak y Afganistán. La posición más crítica de la teoría clausewitziana a partir de una teoría cultural de la guerra en Keegan, J. (1993) *A history of warfare*. New York: Vintage Books. La defensa a ultranza de Clausewitz en Bassford, Ch. (1994) "John Keegan and the Grand Tradition of Trashing Clausewitz: a Polemic". *War in History* 1: 319-336. Los últimos grandes estudios dedicados al tema son Herberg-Rothe, A. (2007) *Clausewitz's Puzzle. The political theory of war*. Oxford: Oxford University Press y Strachan, H. y Herberg-Rothe, A. (2007) *Clausewitz in the Twenty-First Century*. Oxford: Oxford University Press.

que en general se supone cuando se la reduce a la fórmula de “la continuación de la política por otros medios”. Sin pretender entrar en los debates eruditos sobre el carácter filosófico de *De la Guerra*, que llenarían una pequeña biblioteca<sup>3</sup>, vale la pena detenerse un instante sobre los alcances teóricos de una obra sofisticada y plena de matices, puesto que la misma ha tenido y tiene hoy una incidencia muy importante sobre la manera en que concebimos a la guerra como fenómeno histórico y social<sup>4</sup>.

### 1. Clausewitz, la política y la guerra total

Pensar que la guerra es en la práctica una simple continuación de la política por otros medios tiene dos consecuencias. Por un lado, a nivel personal, genera un sentimiento tranquilizador, puesto que la actividad humana más destructora estaría en definitiva sometida a los dictados de la razón. Por otro lado, si la guerra no es más que un instrumento en manos de la política, lo bélico quedaría despojado de verdadero peso como factor histórico y por ende carecería de gran interés historiográfico: bastaría con comprender a la política del período estudiado y dejar la guerra en manos de los especialistas de las operaciones militares. Que Clausewitz pudiera pensar realmente de esa manera es por lo menos problemático. Después de todo, el objeto de estudio a partir del cual elabora su teoría lo constituyen ni más ni menos que las conquistas napoleónicas, que descalabraron como nunca antes los equilibrios políticos europeos, y los levantamientos español y ruso contra la ocupación francesa, que radicalizaron el esfuerzo de guerra hasta extremos nunca antes vistos. Por eso creemos que es útil desgranar los diferentes registros en los que Clausewitz considera la relación entre la guerra y la política, puesto que los mismos habilitan reflexiones teóricas e históricas de distinto alcance.

En su sentido más restringido, la conocida fórmula de Clausewitz no hace más que afirmar que el uso de la fuerza militar debe estar sometido al dictado de quien gobierna el Estado<sup>5</sup>. Es decir, que la guerra no puede tener fines en sí mismos sino que debe servir a fines políticos, y que estos fines no los interpretan los generales sino que los determinan los gobernantes en función de los intereses de la nación. Decimos que este sentido es restringido tanto en su espectro histórico como teórico. Restringido históricamente porque se refiere sólo a la lucha entre Estados, con lo que quedan excluidas de la definición no sólo las contiendas de las sociedades sin Estado sino todas las guerras civiles y las guerras revolucionarias en las que alguna de las fuerzas no responde a una entidad estatal<sup>6</sup>. Restringido teóricamente, porque aquí la política no es entendida como un vasto juego de fuerzas e intereses en busca del poder, sino tan sólo como la decisión racional del gobierno, independientemente de la forma o naturaleza

---

<sup>3</sup> Por no nombrar más que a los comentaristas clásicos, Aron, R. (1976) *Penser la guerre. Clausewitz*. Paris: Gallimard. Howard, M. (1983) *Clausewitz*. Oxford: Oxford University Press. Paret, P. (1992) *Understanding War: Essays on Clausewitz and the History of Military Power*. Princeton: Princeton University Press.

<sup>4</sup> En este trabajo, cuando nos referimos a la obra de Clausewitz hablamos siempre de *De la Guerra*. El original alemán de *Vom Kriege* fue publicado por Dummlers Verlag en Berlín, en 1832. Nosotros utilizamos y citamos la traducción revisada de Michael Howard y Peter Paret al inglés, que es considerado el standard académico. Clausewitz, C. (1984) *On War*. Princeton: Princeton University Press.

<sup>5</sup> Clausewitz, C., *op.cit.*, p.87.

<sup>6</sup> Clausewitz no hace ninguna referencia importante a la guerra en tiempos prehistóricos ni en las sociedades “primitivas” al margen del Estado. Es en este punto que Keegan realiza su célebre crítica a Clausewitz por ignorar las vastísimas manifestaciones de la guerra en sociedades donde predominan sus funciones rituales, religiosas o culturales, desde los samuráis japoneses hasta los guerreros azteca pasando los zulúes, los mamelucos y los polinesios. Keegan, J. *op.cit.*, pp.3-60.

del mismo: la política que se vería continuada por la guerra no es más que la razón de Estado<sup>7</sup>.

Esta forma de entender la guerra y la política se aplicaba con bastante solvencia al concierto europeo del antiguo régimen, donde la fuerza militar era utilizada de manera muy medida en función de intereses claramente delimitados por las casas dinásticas y sus gabinetes. También es posible suponer que, luego de la Restauración, Clausewitz y muchos otros pensadores tuvieran esperanzas de que la guerra volviese a los canales civilizados y racionales de la “guerra limitada”. Pero, ¿cómo pretender explicar, a partir del cálculo racional de los gobernantes, la extraordinaria conflagración de las guerras revolucionarias y napoleónicas, donde las vastísimas energías desencadenadas habían puesto en entredicho no sólo los cálculos, sino la existencia física misma de los gobernantes y de sus Estados?

Clausewitz no ignoraba –no podía hacerlo– esta potencialidad desbordante de la guerra. Es por eso que, en el primer capítulo del libro primero de su obra<sup>8</sup>, dedica una serie de pasajes decisivos a delinear lo que constituye su aporte más sustantivo a la teoría militar: el concepto de guerra absoluta o total. Lo que Clausewitz postula es que el fenómeno de la guerra, dominado por la incertidumbre y el azar, posee una tendencia intrínseca a la escalada que lo lleva, a través de una serie de acciones recíprocas entre los contendientes, hasta el uso teóricamente ilimitado de la fuerza<sup>9</sup>. En ello radica, justamente, la peligrosidad de la lucha armada: más allá de la intención política original con la que se inicia la contienda, una vez que se emprenden las hostilidades las operaciones militares adquieren una dinámica propia de ataque y respuesta que se impone a la voluntad de los actores. Es esta dinámica la que puede llevar, en ocasiones puntuales, a incrementar la intensidad del conflicto hasta el uso de todos los recursos disponibles y la puesta en cuestión de la existencia misma de los contrincantes. La guerra no es, entonces, un mero instrumento de uso político racional, debido a que en su transcurso la lucha va generando pasiones y odios que pueden llevar a las mayores atrocidades, incluso entre las naciones más civilizadas. Si no todas las confrontaciones bélicas se transforman en guerras absolutas es porque, en la práctica, intervienen numerosos factores (materiales, estratégicos, sociales) que generan “fricción” y entorpecen la escalada hacia el uso total de la fuerza. Más importante aún, Clausewitz cree que, bajo condiciones normales, la racionalidad del Estado termina siempre por imponerse sobre los acontecimientos, de modo que el “objetivo político” de la guerra evite que las hostilidades se salgan de proporción<sup>10</sup>.

Sin embargo, se puede dar el caso de que, bajo condiciones particulares, ni la fricción ni el objetivo político logren impedir que la guerra real se acerque peligrosamente a la “guerra absoluta” anunciada por la teoría. Pero para esto la guerra tiene que ser acompañada, justamente, por una importante mutación política. Es aquí que las guerras revolucionarias y napoleónicas encuentran su explicación. Cuando la Revolución Francesa instauró el principio de soberanía popular hizo mucho más que cambiar de

---

<sup>7</sup> Es por esto mismo que, en inglés, la mayoría de los traductores de Clausewitz opta por traducir *Politik* por *policy* y no por *politics*. Una discusión de las implicancias teóricas de cada concepción de la política en Bassford, Ch. (1994) *Clausewitz in English. The Reception of Clausewitz in Britain and America, 1815-1945*. New York y Oxford: Oxford University Press, pp.22-24.

<sup>8</sup> Es importante señalar que, según la crítica, este capítulo habría sido redactado por Clausewitz en último lugar, a partir de 1829, por lo que representaría su pensamiento en el mayor estado de madurez. Mientras que el resto de *De la Guerra* quedó inacabado por la muerte del autor, que tenía planes de corregir y completar numerosos pasajes, el capítulo primero sería el mejor exponente de la forma final que Clausewitz buscaba para su trabajo. Fernández Vega, J. *op.cit.*, pp.141-142.

<sup>9</sup> Clausewitz, C., *op.cit.*, pp.75-78.

<sup>10</sup> Clausewitz, C., *op.cit.*, p.81-82.

régimen político: transformó al Pueblo mismo en el nuevo sujeto combatiente y desencadenó una energía bélica de proporciones antes insospechadas. De modo que una innovación política (la ampliación de la ciudadanía) habilitó una innovación militar (la *levée en masse*) que habría de transformar a la guerra para siempre. Los ejércitos de la Revolución no sólo se volverían mucho más numerosos que los de sus contendientes dinásticos, sino que contarían con una motivación muy superior. Puesto que el objetivo político de la guerra era ahora la supervivencia misma del Pueblo y de su causa, todos los medios disponibles serían utilizados y la guerra se acercaría a su forma total.

Observamos que en este punto también queda planteado que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Pero ya no se trata del sentido restringido de que las operaciones militares respondan a los objetivos del gobierno, sino que es la forma misma de la guerra la que se corresponde con la forma de la política: los regímenes absolutistas estarían habilitados a hacer la guerra de una manera determinada, las repúblicas de otra. En términos tanto teóricos como historiográficos, debemos admitir que así Clausewitz se vuelve mucho más estimulante. Ya no se trata de indicar a quién le corresponde decidir sobre el objetivo de la guerra, sino de un principio de inteligibilidad histórica de largo plazo que afirma que guerra y política están ligadas a un nivel estructural. Al lado de esto, que las operaciones militares se ajusten o no a los cálculos de los gobernantes es casi anecdótico. O más bien, la fórmula de Clausewitz en su sentido restringido tendría menos un carácter descriptivo que prescriptivo, el cual podríamos reformular así: “es deseable que la guerra esté sometida a los dictados de una política racional si no se quiere correr el riesgo de que escale a su forma absoluta”. Pero más allá de este voto a favor del uso limitado de la fuerza, lo fundamental, lo importante en términos históricos, es que existe una conexión profunda entre el modo de organizar políticamente una sociedad y el modo en que se manifiesta en ella el fenómeno de la guerra.

A partir de aquí, se hace necesario dar un paso teórico que Clausewitz en su momento no logró dar. La relación de determinación entre política y guerra no es unidireccional. La guerra es la continuación de la política por otros medios, pero la política también es la continuación de la guerra. Michel Foucault hablaba de invertir a Clausewitz. Proponía pensar a todo Estado como surgido de la guerra, entender que detrás de las relaciones de dominación se esconde el combate y que la política no hace más que continuar la lucha original de manera subterránea y desarmada<sup>11</sup>. Nosotros consideramos que en realidad las tesis de Foucault y de Clausewitz son complementarias. La una no invierte a la otra, sino que la completa. Entre política y guerra la determinación es mutua y el tránsito es bidireccional. El increíble despliegue de las guerras revolucionarias en Europa no hubiera sido posible sin la mutación política operada en 1789, pero Napoleón tampoco hubiera sido posible sin la escalada de la lucha armada. Si la Revolución hizo la guerra, la guerra hizo al Primer Imperio. Del mismo modo, una modificación adicional en el modo de combatir –la guerra de guerrillas populares en España y Rusia– dio por tierra con el Imperio y habilitó una nueva mutación de la forma política.

En todo tiempo y lugar, las guerras tienen consecuencias de primer orden sobre los regímenes políticos imperantes, sobre las prácticas y discursos políticos de los actores e incluso sobre las identidades políticas de los mismos. Es inútil intentar establecer la primacía de un factor sobre el otro. Es necesario comprender la capacidad creadora tanto de la guerra como de la política y pensar la afinidad entre ambas lejos de una lógica monocausal.

---

<sup>11</sup> Foucault, M. (1996) *Genealogía del racismo*. Buenos Aires: Editorial Altamira, p.24.

## 2. Grandes líneas político-militares de un Río de la Plata revolucionado

Sin dudas, un marco teórico basado en una versión restringida de Clausewitz –que supone un Estado consolidado cuya política internacional se expresa sin mayores distorsiones en la conducción de la guerra– parecería más adecuado para la situación prusiana que para el caótico ciclo revolucionario rioplatense. Una versión ampliada de Clausewitz y de la relación íntima entre política y guerra tal como la venimos delineando en las últimas páginas, en cambio, puede servir para reordenar los grandes trazos del período que nos interesa de una manera provechosa.

Desde 1810 en adelante, en efecto, la fecundidad de la relación entre política y guerra en el espacio rioplatense es evidente. La Revolución de Mayo dinamizó de manera extraordinaria a las fuerzas militares, que se desplegaron sobre un vastísimo territorio y emprendieron numerosas campañas contra la oposición realista que iba surgiendo. Pero si bien el ideario de la Revolución Francesa tuvo en estas tierras la consabida influencia, y si la ciudadanía política fue redefinida en función de un sujeto-pueblo soberano, en el Río de la Plata no se optó por un sistema militar de conscripción universal<sup>12</sup>. Se mantuvo, de hecho, el sistema de contingente heredado de tiempos coloniales, según el cual las fuerzas militares permanentes se nutrían en la medida de lo posible de voluntarios y, en caso de que estos no fuesen suficientes, se pasaba al reclutamiento forzoso. Para ser más claros: la Revolución local postuló, como la francesa, que todos los ciudadanos estaban obligados a defender a la Patria con las armas, pero al momento de organizar sus ejércitos de línea no procedió a un sorteo sobre la base de un padrón universal –con la excepción de un breve intento en este sentido del general San Martín en Mendoza–, sino que apostó al fervor patriótico de los voluntarios y al disciplinamiento social de la plebe, que iba a ser forzada a servir en la clase de soldado<sup>13</sup>. De modo que una innovación política similar en sus principios produjo, en Francia y en el Río de la Plata, un dispositivo militar muy diferente.

¿Se procedió así por temor a debilitar las jerarquías sociales si se reclutaba por igual al rico y al pobre? ¿O es que para 1810, con Napoleón en su apogeo, quedaban pocas expectativas respecto de la potencialidad republicana de un ejército de masas? En todo caso, es innegable que la apuesta de los revolucionarios locales fue inicialmente exitosa. La afluencia importante de voluntarios motivados por la causa, combinada con el enganche forzoso masivo de “vagos y malentretidos”, permitieron formar unos ejércitos de línea que hubieran sido impensables en tiempos de la Corona, imponiendo a la población local una tasa de militarización permanente extremadamente elevada<sup>14</sup>. El costo de esta forma de reclutar a la tropa, sin embargo, fue igualmente alto: la disciplina de unos ejércitos cada vez más poblados de hombres forzados fue siempre problemática, al tiempo que se generó un sólido rechazo a la política del gobierno central en los pueblos que sufrían este impuesto de sangre.

A este estado de cosas, de por sí complejo, hay que añadirle aún la situación de las milicias, puesto que incluso tras los inmensos esfuerzos reclutadores del gobierno los

---

<sup>12</sup> La conscripción universal se adoptaría recién con la Ley Ricchieri de 1901. Sobre el sistema de reclutamiento francés y sus implicancias políticas ver Forrest, A. (2004) “L’armée de l’an II: la levée en masse et la création d’un mythe républicain”. *Annales historiques de la Révolution française* 335 : 111-130.

<sup>13</sup> Rabinovich, A.M. (2013) *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp.113-132.

<sup>14</sup> Rabinovich, A.M. (2012) “La militarización del río de la plata, 1810-1820. Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis”. *Boletín del Instituto de historia argentina y americana “Dr. Emilio Ravignani”* 37: 11-42.

ejércitos de línea no resultaron suficientes para atender la multiplicidad de frentes que se iban abriendo, desde la Banda Oriental hasta el Perú pasando por el Paraguay, la Cordillera y todo el litoral marítimo. Tanto desde el punto de vista numérico como de su rol en varios de los teatros de operaciones (en especial en el del Alto Perú de 1816 en adelante), está claro que las milicias del período independentista dejaron de ser simples auxiliares de los regimientos permanentes para pasar a representar un factor político-militar de primer orden. De hecho, para el segundo quinquenio revolucionario, las milicias no sólo eran mucho más numerosas que unos ejércitos permanentes cada vez más parecidos a “prisiones ambulantes”, sino que encarnaban mejor que éstos el ideal republicano del ciudadano-soldado. Este protagonismo de las milicias no había sido para nada ajeno a la situación revolucionaria en Francia, donde la *Garde nationale* había jugado un rol considerable en el mantenimiento del orden, pero en el Río de la Plata las circunstancias tanto políticas como militares les depararían un rol aún más preponderante<sup>15</sup>.

La primera cuestión a tener en cuenta es que, en la práctica, las milicias rioplatenses del período independiente fueron organizadas de manera descentralizada y bajo una muy fuerte influencia de cada situación militar local. Es decir que, a pesar de los reglamentos coloniales aun vigentes, las milicias no surgieron igual en los territorios de retaguardia, como Córdoba o Buenos Aires, que en aquellas jurisdicciones que se encontraban directamente bajo fuego, como la Banda Oriental y Salta. En estos últimos territorios las milicias se organizaron, de hecho, según principios muy cercanos a los de la guerra de resistencia popular de la Península contra la ocupación francesa.

Si la política revolucionaria había desatado la guerra, en Salta y en la Banda Oriental quedó muy claro cómo la guerra iba a influir en la política. La utilización de estrategias militares desesperadas como los “éxodos” orientales y jujeños, o la organización masiva de la población rural en fuerzas armadas de un tipo muy particular (los “escuadrones gauchos” salteños y las “divisiones orientales”), no podían sino tener consecuencias políticas mayores. Entre éstas, no sólo la aparición de liderazgos políticos insospechados como los de Güemes y Artigas, sino un poderoso descentramiento geográfico de la revolución misma, desde Buenos Aires al interior. El éxito militar de las estrategias irregulares y el fortalecimiento notable de las milicias provinciales jugaron un rol fundamental en el impactante proceso de fragmentación política ocurrido tras la caída del gobierno central en 1820. A partir de entonces, si la guerra era la continuación de la política por otros medios, en todo caso no lo era más de la política de *un* Estado, sino de la política particular de una quincena de entidades provinciales soberanas, republicanas y dotadas todas de una fuerza militar miliciana. En un contexto semejante las herramientas teóricas de Clausewitz tienen que ser llevadas al límite, si no queremos resignarnos a borrar todo de un plumazo bajo el epíteto de “guerra civil”. Veamos de qué manera el presente dossier avanza en este sentido.

### 3. *La politización de las fuerzas de guerra*

Una primera cuestión que está muy presente en el foro es el tema de la “politización” de los ejércitos rioplatenses. Es normal, puesto que nacidas –o refundadas– en pleno estallido revolucionario, las fuerzas armadas locales formaron parte integral de un proceso político extremadamente turbulento. Pero la cuestión se vuelve sustantiva cuando hay que definir cuál es el contenido concreto de esa politización y cuáles son sus consecuencias tanto teóricas como prácticas. Después de todo, hablar de “politización”

---

<sup>15</sup> Bianchi, S. y Dupuy, R. (2006) *La Garde nationale entre nation et peuple en armes. Mythes et réalités, 1789-1871*. Rennes : Presses Universitaires de Rennes.

implica un proceso en el cual se pasa de un estado de cosas en el que la política está ausente a otro en que la misma juega un rol más importante. ¿Es posible pensar un ejército ajeno por completo a la política? Y si es así, ¿la política estaba ausente de las unidades militares rioplatenses antes de 1810? ¿Lo estuvo después de terminado el período que nos interesa aquí?

Para responder a la primera pregunta tenemos que volver a Clausewitz. Cuando éste afirma que la guerra es una continuación de la política por otros medios es evidente que se le otorga al ejército un rol importante, que podríamos llamar político, en tanto ejecutor de la voluntad del gobierno. Por las consecuencias de toda guerra, por la magnitud de los recursos puestos en obra y por los intereses afectados, está claro que el accionar de un ejército concierne de manera directa a lo público y que, por ende, tiene implicancias políticas insoslayables. Pero, según Clausewitz, el ejército en sí es políticamente neutro: no delibera, no opina, no decide nada acerca de los objetivos finales de su accionar y de ningún modo participa de las luchas de poder. Es un instrumento poco menos que inerte en manos de una entidad, el Estado, que monopoliza las atribuciones políticas y la capacidad de decisión. Los militares prusianos –y luego alemanes– iban a llevar este ideal de ejército “apolítico” al nivel de una doctrina que enseñarían en sus academias y que exportarían a muchos otros países (entre ellos la Argentina de principios del siglo XX).

Sin embargo, al pasar de la teoría a la práctica, emergen serias dudas sobre la aplicabilidad de la supuesta prescindencia política. Estas dudas, válidas para cualquier período histórico, son aún más relevantes para las etapas tempranas del desarrollo de los Estados burocráticos modernos<sup>16</sup>. En la medida en que las distintas funciones estaban menos delimitadas, la función militar solía solaparse con la del mantenimiento del orden, cuando no con la administración lisa y llana del territorio. Pensemos, por dar un ejemplo cercano, en la administración de los dominios americanos diagramada por la Corona española. Los virreyes, los tenientes gobernadores y demás funcionarios con mando efectivo sobre un territorio concentraban atribuciones a la vez civiles y militares. Por eso la presencia mayoritaria, entre sus filas, de oficiales del ejército. Como dice Marchena Fernández, “analizar los llamados Estados Mayores de las plazas es estudiar la estructura superior de la administración de la misma”<sup>17</sup>. Esta forma de entender el gobierno de un territorio, profundamente anclada en la tradición político-militar hispana, implicaba que los oficiales (al menos los superiores) tuviesen habilidades e inquietudes que fueran más allá de la aptitud para el combate y para cumplir órdenes. Los militares que alcanzaban los escalones superiores de la carrera podían llegar a actuar en los ramos más variados y entablaban relaciones muy estrechas con la sociedad local que les tocaba administrar.

La Revolución de Mayo no se desvió de esta tendencia, más bien la profundizó<sup>18</sup>. Durante el período independiente, en el día a día, tenientes gobernadores, comandantes militares y comandantes de frontera ejercían el gobierno efectivo de amplias franjas del territorio, mientras que en el teatro de guerra se le otorgaban vastísimas atribuciones

---

<sup>16</sup> Storrs, Ch. (2009) *The Fiscal-Military State in Eighteenth-Century Europe*. Farnham: Ashgate. Brewer, J. (1989) *The Sinews of Power. War, Money and the English State, 1688–1783*. London: Unwin Hyman. Tilly, Ch. (1975) *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton: Princeton University Press.

<sup>17</sup> Marchena Fernández, J. (1992) *Ejército y Milicias en el mundo colonial americano*. Madrid: Mapfre, p.11.

<sup>18</sup> Sobre la confluencia del mando político y militar en las comandancias del período independiente ver Fradkin, R.O. (2010) “Notas para una historia larga: comandantes militares y gobierno local en tiempos de guerra”, en Bragoni, B. y Míguez, E., *Un nuevo orden político. Provincias y Estado nacional, 1852-1880*. Buenos Aires: Biblos, pp.293-306.

político-administrativas al general en jefe, dotado del cargo de capitán general. Desde ya, no se puede pretender “apoliticidad” de parte de un ejército cuyos mandos superiores gobernaban a su vez la región sobre la que operaban. Lo quisieran o no, estos oficiales ejercían el poder político y participaban a parte entera de las pujas locales sobre las que tenían jurisdicción.

En el trabajo que Alejandro Morea dedica a la oficialidad del Ejército Auxiliar del Perú tenemos un buen estudio de cómo una carrera política y una carrera militar podían ir de la mano. Oficiales que no eran nativos de una provincia en cuestión, y que ostentaban incluso un origen social modesto, podían hacer valer su condición de militares para establecer relaciones políticas, comerciales y maritales con las elites locales; relaciones que constituían luego una base ideal para encumbradas carreras en el gobierno provincial. Esto no debe sorprendernos si analizamos las estructuras estatales que estaban surgiendo en el Río de la Plata tras el colapso colonial. Mientras que el plantel de funcionarios civiles era minúsculo, tanto en el gobierno central como en el de las provincias, la cantidad de oficiales que cobraban un sueldo se amplió rápidamente hasta constituir, con mucho, el principal ramo de los presupuestos estatales<sup>19</sup>. Tenemos pues unos Estados que eran, ante todo, ejércitos, por lo que era inevitable que las funciones de mayor responsabilidad cayeran regularmente en los militares. Así, de Cornelio Saavedra a Gregorio de Las Heras y de Alejandro Heredia a Juan Manuel de Rosas, el plantel de gobernantes rioplatenses de la primera mitad del siglo XIX se reclutó principalmente entre las filas de los oficiales, tanto del ejército de línea como de las milicias. Pero este rasgo de la política argentina no cesaría con la organización nacional definitiva en 1880. Aún sin contar los gobiernos de facto, los militares siguieron jugando un rol prominente en la política nacional hasta mediados del siglo XX, ocupando incluso la presidencia de la nación durante nada menos que cinco mandatos (Julio A Roca, Agustín P. Justo y Juan Domingo Perón). En este sentido, sería interesante que futuras investigaciones de largo plazo indagaran en aquellos componentes de la cultura política argentina que, surgidos en la primera mitad del siglo XIX, pudiesen explicar la activa participación política de los hombres de armas tantas décadas después.

Ahora bien, hasta aquí venimos hablando de politización en el sentido de que los oficiales del ejército hacían también carreras políticas, participando del gobierno y de la administración pública en distintas instancias ajenas a lo estrictamente militar. Pero la política, sobre todo en un período revolucionario, iba mucho más allá de ser un camino para el avance particular de los individuos. La política era una arena en la que se debatían distintas maneras de organizar la sociedad y el Estado. En este debate se expresaban contenidos de orden ideológico que generaban adhesiones, en ocasiones muy comprometidas, por parte de los actores. Ya hemos visto que Clausewitz entendía que las distintas formas sociales y los distintos regímenes políticos generaban distintos tipos de guerra. Pero es necesario agregar que, en ese juego de correspondencias, el ejército no era nunca una entidad pasiva, sino que jugaba un rol primordial en el resultado de la lucha por imponer una forma política sobre otra. Para los militares rioplatenses del período revolucionario, por ende, no era irrelevante que el gobierno al que defendían con las armas se inclinase hacia una forma de gobierno republicana o monárquica, unitaria o federal. Estaban “politizados” –y esto sí es claramente una novedad respecto del período colonial– en el sentido de que subordinaban su obediencia al gobierno al hecho de estar de acuerdo con la orientación política de su accionar.

---

<sup>19</sup> Halperín Donghi, T. (2005) *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*. Buenos Aires: Prometeo Libros. Garavaglia, J.C. (2003) “La apoteosis del Leviatán: El estado en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX”. *Latin American Research Review* 38 (1): 135-168.

Un primer ejemplo de esta forma de politización lo encontramos en el trabajo que Virginia Macchi consagra al discurso político de los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú en la coyuntura de fines de 1814, cuando se sublevaron en contra de su nuevo comandante, Carlos María Alvear, entre otras cosas por acusarlo a él y a su grupo político de estar negociando una salida monárquica para la crisis revolucionaria. En este caso el gobierno rioplatense se veía las caras con un dilema propio de toda revolución triunfante: cómo conjugar el necesario entusiasmo por la causa con la también necesaria obediencia a la nueva administración. En el terreno militar, las guerras revolucionarias europeas habían demostrado que, dadas las condiciones técnicas de la época, un ejército motivado por contenidos patrióticos e ideológicos contaba, al momento de la batalla, con un impulso muy superior al del adversario mercenario o profesional común. Para un gobierno en bancarrota permanente como el de Buenos Aires, que tenía grandes dificultades para pagar a sus militares, es evidente que la apuesta por el “entusiasmo” era tentadora. Pero si un ejército revolucionario aceptaba más fácilmente las miserias y los sacrificios, también se reservaba el derecho a salvar a la revolución de un gobierno que “se desviase de la causa”. En este sentido, está claro que buena parte de la oficialidad de la época se veía a sí misma no sólo como la defensora, sino como la intérprete privilegiada del espíritu de la Revolución. Esta actitud habría de tener efectos decisivos sobre el curso de los acontecimientos, no sólo en el motín de 1814 sino en las trascendentales sublevaciones de Fontezuelas (1815), Rancagua (1820) y Arequito (1820), involucrando tanto al Ejército Auxiliar del Perú como al del Centro y al de los Andes<sup>20</sup>.

#### 4. *De la desobediencia a la desertión: la política y la tropa*

Esta relación entre la politización de los militares y la posibilidad de la desobediencia al gobierno, que hasta ahora venimos mencionando sobre todo en el ámbito de la oficialidad, se manifiesta también de manera muy importante en los rangos tanto de los ejércitos como de las milicias de todo el período. Como ha demostrado ya abundantemente la historiografía, los sectores populares habían sido objeto de una movilización política muy intensa desde la Revolución, lo que no sólo ampliaba de manera notable el juego político sino que los constituía en un factor de poder de primer orden<sup>21</sup>. Esta participación política se manifestaba en el acompañamiento o no de las iniciativas de las elites –en definitiva, en todas las sublevaciones mencionadas en el párrafo anterior el apoyo de la tropa resultaba indispensable–, pero también se generaban modos de acción política propiamente populares. Raúl Fradkin, Gabriel Di Meglio y Ricardo Salvatore han dedicado trabajos muy importantes a caracterizar los modos en que los sectores subalternos incidían en la política, desde los tumultos hasta las montoneras, pasando por las más diversas formas de acción y resistencia<sup>22</sup>. En el

---

<sup>20</sup> El Ejército de los Andes, sin sublevarse abiertamente, desobedeció el llamado del directorio para que lo socorra con las armas. Esta desobediencia, que en una primera instancia fue responsabilidad exclusiva de su general en jefe, fue ratificada en marzo de 1820 por el cuerpo de oficiales, en lo que se conoció como el Acta de Rancagua. Ver Rabinovich, A.M. (2012) “La máquina de guerra y el Estado: el Ejército de los Andes tras la caída del Estado central del Río de la Plata en 1820”, en J.C. Garavaglia, J. Pro Ruiz y E. Zimmermann, *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: América Latina, siglo XIX*, Rosario: Prohistoria Ediciones, pp.205-240.

<sup>21</sup> Sobre la movilización política de los sectores populares por parte de la revolución se puede consultar, en esta misma sección de historiapolítica.com, el foro “Sectores populares y política”.

<sup>22</sup> Fradkin, R.O. (2008) *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo Libros. Fradkin, R.O. (2006) *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*. Buenos Aires: Ed.

ámbito específicamente militar, las desobediencias podían llegar a tomar la forma de motines realizados con prescindencia de –o en contra de– la clase de oficiales en su conjunto. En este tipo de casos, cuando la tropa se levantaba en armas, lo hacía bajo el mando de sus cabos y sargentos con la ocasional anuencia de algún oficial subalterno<sup>23</sup>. Las autoridades veían a estos motines como una amenaza no sólo para el orden político sino para al orden social. Un ejemplo paradigmático de este tipo de levantamiento lo constituye la insurrección del batallón número 1 de Cazadores de los Andes en San Juan, en enero de 1820, que sumió en el caos a La Rioja y a buena parte de Cuyo durante varios meses<sup>24</sup>.

Analizar el sentido político de estos motines militares populares es más arduo que en el caso de las insurrecciones de altos mandos, básicamente por una cuestión de fuentes. Las opiniones republicanas o monárquicas de los altos oficiales son fácilmente rastreables en su abundante correspondencia y en sus memorias autógrafas (aunque, como se observa en los comentarios de Marcela Ternavasio y Noemí Goldman, incluso en estos casos hay problemas de interpretación), mientras que las opiniones de la tropa – ampliamente analfabeta– deben ser reconstruidas a partir de escasísimas manifestaciones o fuentes de segunda mano. Es por eso que, en muchos casos, ante la ausencia de palabras se hace necesario interpretar directamente las acciones de los soldados y milicianos. A este fin, ninguna acción es más fructífera, como expresión de rechazo al ejército, que la desertión. De manera individual, en pequeños grupos o en masa, la defección de los soldados implicaba un serio desafío a la política militar de cada gobierno. Al desertar, estos hombres armados y entrenados se volvían automáticamente enemigos de las autoridades, que los perseguían con particular ensañamiento. Estudiando las distintas modalidades de la desertión se pueden detectar como causas de las mismas, además de las circunstancias específicas y las condiciones materiales de la vida en el ejército, contenidos políticos e identitarios que es necesario decodificar<sup>25</sup>.

Hasta el momento, sin embargo, los trabajos más sistemáticos que se habían dedicado al problema de la desertión se referían con preferencia a las tropas de línea. En este sentido, es interesante el ensayo que realiza Mónica Alabart en el presente foro, leyendo en clave política la que podría considerarse como la desertión en masa más grande de la historia rioplatense: el doble desbande de las “fidelísimas” fuerzas entrerrianas de Urquiza en los pagos de Basualdo y Toledo (1865). Decimos que la apuesta es interesante, primeramente, porque no en todas las fuerzas militares las desertiones y desbandes tenían la misma connotación y las mismas consecuencias. En los ejércitos

---

Siglo XXI. Fradkin, R.O. y Di Meglio, G. (2013) *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*. Buenos Aires: Prometeo Libros. Di Meglio, G. (2003) “Soldados de la Revolución. Las tropas porteñas en la guerra de la Independencia (1810-1820)”. *Anuario IEHS* 18: 39-65. Di Meglio, G. (2006) ““Os habéis hecho temibles”. La milicia de la ciudad de Buenos Aires y la política durante la década de la Revolución (1810-1820)”. *Tiempos de América. Revista de historia, cultura y territorio* 13: 151-166. Salvatore, R.D. (2003) *Wandering Paysanos. State order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era*. Durham y Londres: Duke University Press.

<sup>23</sup> Un excelente análisis de este tipo de acción en Fradkin, R.O. (2009) “La conspiración de los sargentos. Tensiones políticas y sociales en la frontera de Buenos Aires y Santa Fe en 1816”, en Bragoni, B. y Mata, S., *Entre la Colonia y la República: Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*. Buenos Aires: Prometeo Libros, pp.169-192.

<sup>24</sup> Ver Bragoni, B. (2005) “Fragmentos de poder. Rebelión, política y fragmentación territorial en Cuyo (1820)”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 28: 39-64.

<sup>25</sup> Para un abordaje metodológico de las desertiones ver Rabinovich, A.M. (2011) “El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata. Elementos cuantitativos y cualitativos para un análisis. 1810-1829”. *Estudios interdisciplinarios de América latina y el Caribe* 22 (1): 33-56.

permanentes la deserción era severamente reprimida y todo motín era pasible de ser castigado con la pena de muerte. En las fuerzas milicianas, en cambio, existía desde la revolución una mayor tendencia a –y una necesidad de– negociar la obediencia con los hombres movilizados y a tolerar, eventualmente, su desmovilización espontánea. En el Litoral, en particular, se había conformado una notable tradición de movilización militar rural que le permitía a los jefes milicianos orientales, entrerrianos o correntinos, contar con varios miles de hombres a caballo dispuestos a seguirlos a cambio de una remuneración escasa y aleatoria<sup>26</sup>. Pero esta tropa era extremadamente sensible a factores estacionales y a la popularidad del líder convocante. Cuando los milicianos del litoral se hartaban de seguir en campaña, se volvían a sus casas sin demasiados miramientos y los caudillos locales experimentados sabían que era inútil perseguirlos, prefiriendo mantener con ellos buenas relaciones e intentar convocarlos más tarde<sup>27</sup>.

Esto último no aminora las consecuencias políticas de los desbandes de Basualdo y Toledo, muy por el contrario. Que la caballería entrerriana se negase a seguir a Urquiza cambiaba por completo el balance de poder en el país. Durante casi dos décadas, los 10.000 jinetes de Urquiza habían sido el factor determinante en las grandes batallas de la época, desde Caseros hasta Cepeda. Sin ellos, simplemente, no existía ninguna fuerza capaz de oponerse con éxito a las tropas porteñas. Pero un segundo factor es aún más trascendental. Los milicianos entrerrianos no acudían al llamado de armas sólo por cumplir con la ley de la provincia. Lo hacían porque cada uno de ellos mantenía una relación de reciprocidad de larga data con Urquiza o con alguno de sus líderes intermedios. Estas relaciones de reciprocidad –evocadas con claridad meridiana por Juan Carlos Garavaglia en su comentario– eran la clave de la capacidad de movilización de la que disponía cada caudillo rioplatense y, de todos ellos, ninguno se suponía que tenía más poder de convocatoria que el mismo Urquiza. Que su liderazgo se hubiese extinguido tan completamente marcaba los límites políticos de hasta el más legendario de los ascendientes populares<sup>28</sup>. Urquiza seguía siendo un muy importante productor ganadero y probablemente era la persona que más favores personales había hecho a los paisanos entrerrianos. Pero para muchos de sus detractores, en Pavón Urquiza había traicionado a “la causa federal”, y ahora, al apoyar a Mitre en una impopular guerra contra el Paraguay, el caudillo terminaba de alienarse a los mismos hombres que se hacían matar por él cuando se oponía a los liberales porteños.

##### 5. *La guerra estructurante: la conformación de identidades*

Las dificultades encontradas por Urquiza ante la Guerra del Paraguay nos traen a la segunda gran cuestión que recorre este dossier: la relación entre la movilización militar y la generación de identidades políticas y nacionales. En un ámbito como el hispanoamericano revolucionario y postrevolucionario, en donde las fronteras estaban siendo rediseñadas a los cañonazos y donde las formas de participación política estaban cambiando en medio de grandes convulsiones, la construcción de nuevas identidades

---

<sup>26</sup> Fradkin, R.O. (2010) “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en Bandieri, S., *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*. Buenos Aires: AAHE/Prometeo Libros, pp.167-214.

<sup>27</sup> El contraste con los militares “de carrera” era en este punto notable. Ver por ejemplo el conflicto entre los hermanos Madariaga y Ramón de Cáceres, en Rabinovich, A.M. (2013) “La imposibilidad de un ejército profesional: Ramón de Cáceres y el establecimiento de procedimientos burocráticos en las fuerzas del Río de la Plata. 1810-1830”. *Quinto Sol* 17 (1): 1-24.

<sup>28</sup> Acerca de cómo el nuevo orden institucional había debilitado al liderazgo tradicional de Urquiza, ver Schmit, R. (2010) “El orden político entrerriano en la encrucijada del cambio, 1861-1870”, en Bragoni, B. y Míguez, E., *op.cit.*, pp.121-145.

constituye un tema central. A lo largo de todo el período que nos concierne se redefinieron las identidades que podríamos llamar de “pertenencia nacional”, muy ligadas a la amplitud geográfica con que se considerase a la propia “patria”<sup>29</sup>. Es sabido que los habitantes del Río de la Plata se vieron así mismos como españoles, como americanos, como cordobeses o santiagueños y, recién más tarde, de forma paulatina, como argentinos<sup>30</sup>. Estos diferentes marcadores identitarios no eran mutuamente excluyentes ni seguían una sucesión predefinida, sino que en muchos casos se solapaban o afluían según las distintas circunstancias. Ahora bien, en paralelo a esta redefinición identitaria de tipo nacional, con el correr de la revolución fueron ganando fuerza identidades de corte eminentemente político: realista y patriota primero, unitario y federal después, por dar sólo los dos ejemplos más evidentes. Distintas intervenciones de este foro apuntan a que existe un juego interesante entre la conformación de las identidades políticas y las nacionales, y a que la experiencia de guerra jugó un rol considerable en la consolidación de ambas<sup>31</sup>.

La idea de utilizar la guerra —especialmente la guerra internacional contra un Otro claramente delimitado— a fin de terminar con las disensiones internas y las luchas facciosas es un tópico clásico de la política internacional de todos los tiempos, no desconocido en el Río de la Plata decimonónico<sup>32</sup>. Los ejércitos de línea revolucionarios, así como los ejércitos que operaron en la guerra contra el Imperio del Brasil o contra el Paraguay, fueron concebidos expresamente como escuelas de una identidad de tipo más amplia que la de la patria chica provincial, al tiempo que debían servir de sustento político a los gobiernos que los comandaban<sup>33</sup>. Los directoriales apelaban a la lucha contra los “españoles” realistas para generar una identidad americana articulada en torno a las Provincias Unidas<sup>34</sup>. El gobierno de Rivadavia apostó a la guerra contra el imperio del Brasil para superar la división con el interior, mientras que el “Ejército Republicano” que llevó adelante las operaciones se transformó luego en el brazo armado de los unitarios. El mitrismo y sus aliados jugaron fuerte a la idea de una guerra a ultranza con el Paraguay para forjar, a hierro y sangre, una nacionalidad argentina que se resistía a todo intento amalgamador<sup>35</sup>. Pero no hay nada de automático en estos procesos de construcción identitaria y el éxito de la empresa no está garantizado de antemano. Así, el Directorio fue derrotado por la resistencia inmovible de los Pueblos Libres, la Guerra del Brasil desembocó en una espantosa guerra civil y la Guerra del Paraguay, que provocó el alzamiento de poderosas montoneras federales, estuvo a punto de dar por tierra con la incipiente unidad nacional. Es que la guerra a un tiempo divide —en tanto genera oposiciones irreconciliables— y reúne a los pueblos, los agrupa frente a un enemigo común o los mantiene conectados

---

<sup>29</sup> Sobre los usos muy variables de este término polisémico ver Di Meglio, G. (2008) “Patria”, en Goldman, N., *Lenguaje y Revolución: conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*. Buenos Aires: Prometeo, pp.115-131.

<sup>30</sup> Chiaramonte, J.C. (1997) *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Ariel. González Bernaldo, P. (1997) “La “identidad nacional” en el Río de la Plata post-colonial. Continuidades y rupturas con el Antiguo Régimen”. *Anuario del IEHS* 12: 109-122.

<sup>31</sup> Se cuenta con un ensayo similar para el caso de la Nueva Granada, Thibaud, C. (2002) “Formas de Guerra y construcción de identidades políticas. La Guerra de Independencia (Venezuela y Nueva Granada 1810-1825)”, *Análisis Político* 45: 35-44.

<sup>32</sup> Acerca de la relación entre guerra exterior y consolidación política interna, el estudio más importante es Turchin P. (2006) *War and Peace and War: the Life Cycles of Imperial Nations*. New York: Pi Press.

<sup>33</sup> Rabinovich, A.M. (2011), *op.cit.*, pp.33-56.

<sup>34</sup> Bragoni, B. y Mata, S. (2007) “Militarización e identidades políticas en la revolución rioplatense”. *Anuario de estudios americanos* 64 (1): 221-256.

<sup>35</sup> Baratta, M.V. (2012) “La identidad nacional durante la Guerra del Paraguay. Representaciones, lenguajes políticos y conceptos en el diario La Nación Argentina (1862-1870)”. *Almanack* 3: 82-98.

más allá de sus diferencias. Para bien o para mal, genera un amplio entramado de relaciones y de influencias recíprocas que, conjugadas con la lucha propiamente política, posibilitan el surgimiento de configuraciones identitarias nuevas, tal vez más amplias que las vigentes pero no siempre coincidentes con los proyectos de la elite gobernante de turno.

En un contexto como el sudamericano postrevolucionario, en el que, como ya dijimos, las fronteras internacionales no estaban aun claramente delimitadas y donde las nuevas naciones no eran más que proyectos en pugna, las posiciones de los actores eran extremadamente móviles y era muy importante la influencia recíproca de lo que sucedía política y militarmente en cada jurisdicción. A lo largo de todo el dossier, se va mostrando cómo las luchas que recorrían al espacio rioplatense se articulaban de forma muy dinámica con las coyunturas del Alto y Bajo Perú, con lo que ocurría en la Banda Oriental, en el Paraguay o en el Brasil. En el artículo de Edward Blumenthal, finalmente, se incorpora al análisis las resonancias entre las guerras civiles rioplatenses y las chilenas. El objeto estudiado (las milicias de rioplatenses que participaron de la guerra civil de 1851 en Copiapó) ilustra la extrema complejidad de la relación entre la movilización armada, la consolidación de identidades de tipo nacional y las identidades propiamente políticas.

Por un lado, los mineros oriundos de provincias rioplatenses podían aspirar a algún tipo de ciudadanía chilena por el hecho de residir en el país y participar de sus milicias. Pero por otro lado, empezaban a verse a sí mismos como argentinos y, siendo muchos de ellos emigrados unitarios, recruzarían la cordillera con Crisóstomo Álvarez para oponerse al régimen de Rosas. Las dudas de las propias autoridades del período al momento de distinguir combatientes propios y extranjeros eran características de un espacio como el cordillerano que, al ser movilizado por la guerra, era imposible de controlar en términos de fronteras nacionales. Lo que acontecía en Copiapó en 1851 recuerda, en este sentido, a lo que había sucedido previamente con la presencia de emigrados chilenos en Mendoza (1814-1816), con el problemático status del Ejército de los Andes en tierra chilena (1817-1820) o con el irregular accionar de José Miguel Carrera a lo largo de todo el centro rioplatense (1820-1821)<sup>36</sup>.

En este punto, el problema de la “politización” de las fuerzas militares y el de las identidades nacionales se cruzan de manera sugestiva. Existió, desde el inicio mismo del proceso revolucionario, la tentación de utilizar cuerpos militares “extranjeros” para resguardar a los endebles gobiernos independientes, en momentos en que la población local en armas, profundamente politizada, no era considerada confiable. El grupo sanmartiniano, sin ir más lejos, elevó al gobierno un plan según el cual la mitad de los batallones levantados en Buenos Aires serían destinados a proteger al gobierno de Santiago de Chile, mientras que batallones de chilenos harían lo propio en la capital del Río de la Plata. La justificación de estos cuerpos poco menos que pretorianos no podía ser más clara: “La mayor parte de las revoluciones contra las autoridades constituidas, han sido cuanto menos apoyadas por las tropas de línea, y de la voluntad de sus jefes ha dependido, por muchos años, la existencia de los primeros magistrados de la nación”<sup>37</sup>. La posibilidad de contar con tropas desconectadas de las luchas facciosas locales era seductora, pero los riesgos de la empresa también eran altos: una fuerza desligada de la población local no dudaría en reprimir a ésta última, pero en caso de perder ella misma

---

<sup>36</sup> Ossa Santa Cruz, J.L. (2014) “The Army of the Andes: Chilean and Rioplatense Politics in an Age of Military Organisation, 1814–1817”. *Journal of Latin American Studies* 46: 29-58.

<sup>37</sup> Tomás Guido, “Memoria presentada al supremo gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1816 por el ciudadano Tomas Guido”, en Guido, T. (1953), *San Martin y la gran epopeya*. Buenos Aires: W.M. Jackson ed., pp.26-27.

la subordinación respecto del gobierno que la pagaba, tampoco encontraría impedimento en desplegar un grado de violencia inusitado. Así Carrera, encuadrando a los viejos emigrados chilenos en su “Ejército Restaurador”, saqueó todo a su paso, devastando en particular el pueblo de Salto de la mano de parcialidades indígenas, mientras que Crisóstomo Álvarez mismo fue acusado de apropiarse de los recursos de Copiapó y luego saquear la campaña chilena para poder pasar los Andes.

#### 6. *La guerra al límite: la escalada hacia la violencia extrema*

Esta relación entre las identidades políticas y nacionales vigentes y el tipo de violencia empleado se manifiesta con mayor claridad aún en el trabajo que Mario Etchechury Barrera dedica al accionar de Manuel Oribe y su cuadro de oficiales “orientales” en la persecución de las fuerzas antirrosistas (1840-1843). Mucho se ha dicho sobre el hecho de que Juan Manuel de Rosas, al momento de elegir un comandante para pacificar el vasto territorio levantado en su contra en 1839, se haya inclinado por quien comenzaba a ser visto como un “extranjero”. Sobre todo teniendo en cuenta que ya en su primera manifestación (la campaña de 1829-1830), la lucha entre unitarios y federales se había mostrado inusitadamente violenta, con un grado de rigor sobre las poblaciones civiles y una falta de respeto por la vida de los prisioneros que no había sido común en la guerra de independencia local.

¿Por qué la guerra, en determinados momentos, se sale del cauce de las convenciones legales y culturales y desata una violencia ciega que no parece conocer límites? Para encontrar una respuesta tal vez convenga volver por una última vez a la teoría. Analizando el fenómeno de la guerra en su nivel más general, Clausewitz señala que el uso de la violencia estará siempre determinado por la acción de dos elementos muchas veces confundidos, pero que es necesario diferenciar a nivel analítico: la “intención de hostilidad” y el “sentimiento de hostilidad”<sup>38</sup>. El primero consiste en la decisión política de recurrir a la violencia a fin de conseguir un objetivo determinado. El segundo, en cambio, releva del orden de las pasiones y consiste en el odio hacia el enemigo generado por la guerra misma (o preexistente) a nivel de la tropa y del pueblo. Mientras que el primero adecúa el tipo de violencia ejercido al designio político, el segundo es el que tiende a radicalizar la guerra y los medios utilizados más allá de todo cálculo<sup>39</sup>. En el esquema de Clausewitz, entonces, la matanza de prisioneros, el saqueo de las ciudades y la devastación de los campos queda fuera de toda política racional y se produce más bien por la presión del odio que surge de las bases de la sociedad y del ejército. Percibimos aquí, nuevamente, ese optimismo que Clausewitz tiene respecto de la racionalidad superior del Estado, y aflora por primera vez un prejuicio que podríamos llamar de clase, según el cual los sectores populares serían más proclives que las élites a dejarse llevar por las emociones de la guerra.

El interés del artículo de Etchechury es que refuta a Clausewitz tanto en su optimismo como en sus prejuicios. Su trabajo muestra que la violencia de guerra extrema, lejos de representar un desborde de la tropa, era fruto del “cálculo y sistema” del gobierno de Buenos Aires, que planteaba un uso sistemático de la destrucción guerrera en pos de obtener un objetivo político determinado: la pacificación del territorio. Pero en este caso, pacificación significaba ante todo la erradicación completa de la facción política opuesta como condición ineludible para el retorno a la convivencia. Este tipo de estrategia no podía volverse aceptable sin ver al Otro político como un alienado, como un salvaje al que no cabía ningún rol legítimo en la construcción del cuerpo político

---

<sup>38</sup> Clausewitz, C., *op.cit.*, p.76.

<sup>39</sup> Fernández Vega, J. *op.cit.*, p.130.

común. Estudiar entonces de qué manera se configuraron las principales identidades políticas en el Río de la Plata, en particular en lo que hace a la relación con el adversario, constituye un elemento clave para poder entender no sólo las características de la cultura política que estaba emergiendo, sino la cultura de la guerra que se iba a imponer.

Concluye aquí este estudio introductorio. En el dossier que sigue, como hemos anticipado, el lector encontrará artículos y discusiones puntuales acerca de coyunturas muy diversas que van de la guerra de independencia a las distintas contiendas facciosas interprovinciales y a la guerra con el Paraguay. Se trata de trabajos que analizan meticulosamente las prácticas políticas de los militares, las configuraciones identitarias que iban cuajando entre sus filas y los usos de la violencia que estas identidades habilitaban. En las páginas que preceden hemos intentado reinscribir estas problemáticas en una trama común, señalando las conexiones y las implicancias mutuas entre los objetos de estudio, ensayando una mirada histórica de más largo plazo y mayor generalidad. Al mismo tiempo, intentamos dejar establecido de qué manera la teoría de Clausewitz sustenta la idea de una conexión profunda entre los fenómenos políticos y bélicos, no sólo a nivel de las decisiones de los actores, sino en la estructura misma de la sociedad. Esperamos que el lector encuentre útiles estos aportes al momento de proceder a la lectura de los artículos del foro, y que se alimente la discusión colectiva acerca de un tema sobre el cual resta mucho por investigar.